

yemenitas parecían puestos fuera de combate por algún tiempo, en cambio surgieron nuevas rebeliones, provocadas en unos puntos por los jaridschitas y en otros por los alidas; no tenía Merwan un momento de reposo, y sus keisitas se iban aniquilando poco a poco bajo el peso de tan incesante lucha. No hay necesidad de describir detalladamente estas guerras, y solo con objeto de evidenciar la situación del imperio en aquella época, vamos a enumerar los sucesos principales del año 127 (745), desde la entrada de Merwan en Damasco: pérdida de España y de Africa, alzamiento en la Siria de los habitantes de Hims, sitio de Damasco por los revoltosos yemenitas de las cercanías, sublevación de la Palestina, rebelión de Suleiman Ibn Hisham en Kinnserin, alzamiento de la ciudad de Tadmor (Palmira); en el Irak, contiendas entre las tribus yemenitas Modar y Rabi'a, al propio tiempo que una rebelión siita en Kufa y un movimiento muy peligroso de los jaridschitas, acaudillados por Dahak, en la Mesopotamia; en la Persia, toma de algunas ciudades por los siitas, y en el Corasan, sangrientos combates de Nasr Ibn Seiyar contra yemenitas y partidarios disfrazados de los abasidas; como se ve, apenas había ya entonces un solo punto del imperio que no fuese presa de la revolución. A pesar de todo, Merwan se defendió valientemente, sofocó una tras otra las rebeliones de la Siria, derrotó y mató a Dahak, reprimió varios movimientos jaridschitas en el Irak y en la Arabia, y había llegado en el año 130 (748) a dominar casi por completo estas provincias cuando vino de otra parte una nueva arremetida, á cuyo empuje no pudo ya resistir.

Mientras que Nasr Ibn Seiyar tenía que luchar en el Corasan con los árabes, cada día mas descaradamente soliviantados por los emisarios abasidas desde que estalló la rebelión berberisca (123 = 741), los verdaderos directores del movimiento ocultaban todavía en el año 129 (747) sus personas y sus designios. Abu Muslim, hombre de origen desconocido, tal vez persa, y Abu Sálama Hafsz Ibn Suleiman, esclavo emancipado, eran los principales agentes de los haschimitas. Desde la muerte del abasida Mohammed, acaecida entre 124 y 126 (742-744), estuvieron á la cabeza de éstos primero Ibrahim, hijo de aquel, y luego, cuando éste fué hecho prisionero por Merwan (130 = 748), sus hermanos Abu'l-Abbas Abdallah y Abu Schafar Abdallah (1), que fueron despues los primeros califas de la casa del Profeta. Cuando fué aprisionado su hermano, se refugiaron en el Irak; pero donde quiera que se encontrase el jefe de la familia, Abu Muslim y Abu Sálama estaban en contínuo comunicacion personal con él, yendo y viniendo de la tierra del Corasan y preparando el alzamiento en el Oriente de todos los enemigos de los omniadas. Setenta apóstoles ejecutaban sus órdenes y llevaban por medio de sus emisarios el «llamamiento á favor del Libro de Dios y de la casa del Profeta» hasta las mas pequeñas poblaciones. Cuando preguntaba algún siita si en verdad se trabajaba en beneficio de los descendientes de Alí, se le contestaba: «Nada de precipitaciones; primero la victoria, y luego Dios dará la soberanía á quien corresponda.» Entretanto los alidas se manifestaban retraidos, intimidados por la suerte deparada á su desgraciado pariente Seid Ibn Alí, y, como siempre, inferiores á la situación, siendo de este modo tanto mas fácil para los abasidas conservar en sus manos todos los hilos del movimiento, que al fin llegó á sazón en el año 129 (747). Nasr Ibn Seiyar estaba empeñado en enojosa guerra con Schudei El-Kirmani, caudillo de los yemenitas, cuando recibió la

(1) Como ambos tenían el mismo nombre de Abdallah, para diferenciarlos se les designaba por sus apellidos

inesperada noticia de que cerca de la capital de la provincia, Merw, «la real», en la pequeña ciudad de Sefizendsch, había surgido un nuevo y peligroso enemigo. Abu Muslim había desplegado allí, el día 25 de Ramadan de 129 (9 de junio de 747), la bandera negra, que en oposicion al color blanco de los omniadas era el distintivo de los abasidas (2), y de todas partes acudían á su campamento los persas siitas y los árabes yemenitas, atraídos en los últimos años á la causa haschimita. El oficial enviado por Nasr, á toda prisa, con algunas tropas para sofocar el movimiento en su gérmen, fué derrotado cerca de Alin, poblacion igualmente poco distante de Merw, extendiéndose entonces la rebelion con la mayor rapidez. En vano se intentó excitar el espíritu nacional árabe contra los haschimitas y sus secuaces persas; en Rabí II ó Schumada I (diciembre de 747 ó enero de 748) se vió obligado Nasr á salir de Merw ante las fuerzas superiores de los rebeldes. Marchó á Nischapur, pasando por Sarahs y Tus y recogiendo en el camino todas las tropas que permanecían fieles.

Pero el caudillo Kahtaba Ibn Schebib, encargado por Abu Muslim de perseguir á Nasr, le alcanzó cerca de Nischapur, derrotándole allí y obligándole á huir hacia el Oeste. Al fin encontró Nasr en Gorgan tropas del Irak, que no habían podido serle enviadas antes, á pesar de sus urgentes mensajes, á causa de las revueltas que había habido necesidad de reprimir en la propia provincia; pero ya era tarde: en el día 1.º de Zul-hidscha de 130 (1.º de agosto de 748) el bizarro lugarteniente de Merwan perdió su última batalla con los sublevados, y tres meses despues moria, en la ciudad meda de Sawa, durante su marcha á Hamadan (12 Rabí I 131 = 9 noviembre 748). Entretanto, ni el califa ni su lugarteniente en el Irak, Yezid Ibn Omar Ibn Hobeira, desconocían la gravedad del peligro: reconcentraronse todas las tropas de que se pudo disponer y se enviaron al encuentro de Kahtaba. Mas la fortuna había vuelto la espalda á la casa de Omayya; las huestes haschimitas continuaron avanzando; rechazaron en Ispahan á un ejército sirio, tomaron la ciudad fortificada de Nihawend (Schawwal 131 = mayo-junio 749), y mientras que una columna, á las órdenes de Abu Aun, penetraba en el Chusistan, marchaba Kahtaba directamente á Kufa, dejando á un lado á Yezid, que acampaba junto á Schalula. Este, sin embargo, logró, por medio de marchas forzadas, alcanzar á Kahtaba cerca del Eufrates (Moharram 132 = fines de agosto de 749); en la lucha que se trabó entonces pereció el caudillo haschimita, pero su hijo y sucesor Hasan derrotó á Yezid y le rechazó hacia Wasit, donde una parte de sus tropas le mantuvo en jaque, mientras los yemenitas se sublevaban en Kufa y le entregaban la ciudad (10 Moharram = 29 de agosto). Desde esta fecha y durante algún tiempo fué Kufa la residencia de los abasidas, los cuales por fin creyeron llegado el momento de salir poco á poco de su reserva y obrar decididamente por sí mismos. Entretanto Abu Aun, cuya presencia ya no era necesaria en el Chusistan, recorrido por algáras de Hasan, marchaba Tigris arriba, donde Merwan había logrado concentrar de nuevo grandes masas de tropas en el distrito de Mosul; y aunque Yezid Ibn Omar no secundó esta vez al califa, temiendo por su propia seguridad si se presentaba á él, á causa de una severa reprobacion que acababa de recibir, el ejército de Merwan habría sido mas que suficiente en cuanto á su fuerza numérica; pero se componía en parte de tribus de Koda'a, esto es, de árabes del Sur, y éstos negaron su obediencia en el momento decisivo cuando se empeñó la

(2) En esta época empezaron á usar los partidos uniformes y divisas militares de distintos colores; á los indicados mas arriba, sucedieron muy pronto el rojo de los jaridschitas y el verde de los alidas.

batalla á orillas del Sab. Perdióla Merwan (11 Schumada II-25 de enero de 750), y con ella la última esperanza de un cambio favorable de su suerte. Pasando por Harran, donde pocos días antes había muerto en su prision el abasida Ibrahim, huyó hacia la Siria, picándole la retaguardia sus perseguidores, que no encontraban ya resistencia en parte alguna. El 10 de Ramadan (22 de abril) se entregó Damasco á Abdallah Ibn Alí, tío de Abul Abbas; ya había huido el omniada de la antigua residencia de su casa, en direccion á la Palestina y camino de Egipto. Pero hasta este pacífico territorio era también presa de la agitacion general; Merwan no logró reunir en torno suyo fuerza de alguna importancia; fué otra vez derrotado por los enemigos que le seguían junto á Busir, en las cercanías de Uschmunein, en el Egipto superior, y descubierto por un traidor en el sitio en que se había ocultado, fué muerto el día 26 Zul-hidscha 132 = 5 agosto 750. En el transcurso de muy pocos meses perecieron asimismo casi todos los demás omniadas; los victoriosos abasidas los hicieron buscar por todas partes y matar donde eran hallados, de tal suerte que en breve plazo parecia que ya no quedaba ni un solo individuo de aquella familia soberana.

En la rápida y terrible caída de la dinastía, poco antes tan poderosa aun, debieron de ver la justicia de Allah los que con sinceridad profesaban el Islam. Al grito hipócrita de: «¡Venganza por Othman!» los astutos y violentos hijos de Abu Sofyan habían despojado de su herencia á la casa del

Profeta y arrojado á los antiguos compañeros de éste de su patria, santificada por sus hechos en favor de la fe: al grito de: «¡Venganza por Husein!» habían sido reintegrados en sus derechos los descendientes del enviado de Dios y de su venerado tío. Los omniadas habían sustituido la impía vida mundana al piadoso fervor por el Islam, habiendo apartado de la influencia de la religion á sus adictos: justo era que perecieran ellos, víctimas del mal hereditario del paganismo árabe, es decir, del espíritu de venganza y de las rivalidades de tribu entre Keis y Kelb. Pero la historia no juzga las faltas de los hombres segun el criterio de un dogma, sino que se esfuerza por explicar, así en lo que tienen de justificado como en su limitacion, las encontradas aspiraciones en cuya lucha se cumple el progreso de los tiempos. La caída de los omniadas deja expedito el camino al Islam; pero la grandeza que había poseído el pueblo árabe en su immaculada pureza, empieza á declinar desde este momento y tiene un rápido fin. Mas tanto el arabismo como la orgullosa familia de la antigua Meca no se han perdido para siempre: del furor de la persecucion abasida se ha librado un joven vástago de la antigua dinastía, que está destinado á preparar el renacimiento de su casa y de su pueblo en el lejano Occidente. Antes que podamos tratar de la nueva dinastía omniada en España, reclamamos nuestra atencion los nuevos destinos de los pueblos del Oriente bajo la direccion de los sucesores y parientes del Profeta.

LIBRO CUARTO

LOS CALIFAS DE BAGDAD

CAPITULO PRIMERO

LA DINASTÍA DE LA GRACIA DE DIOS

«Vosotros, hombres de Kufa, teneis todo nuestro cariño; vuestra conviccion no se ha dejado torcer jamás por los ataques de los malvados, hasta que habeis logrado ver nuestros tiempos, y Dios os ha traído nuestra dinastía. Así os haremos los hombres mas felices, como sois ya para nosotros los mas meritorios; aumentamos vuestras anualidades de cien dirhems; pero estad dispuestos, porque yo soy el despiadado derramador de sangre y el vengador que trae la perdicion.» Estas fueron las palabras con que el primer califa abasida, Abul-Abbas, terminó su plática en la gran mezquita de Kufa, cuando, en el día 13 de Rabí I (1) de 132 (29 de octubre de 749), recibió el homenaje de sus tropas y de la comunidad allí congregada. Que cumplió su promesa, lo atestigua la historia, que le ha confirmado el nombre que él mismo se dió, *Es-Saffah*, «el sanguinario.» Parece casi increíble el número de víctimas humanas que él y su hermano Abu Schafar sacrificaron á su sed de mando. Unidos entre sí para la consecucion de sus fines, en acuerdo tan perfecto como poco comun entre hombres de tal carácter, así contra sus enemigos manifiestos como contra los mismos

(1) También se indica el mes de Rabí II ó Schumada I, pero nos parece mas exacta la fecha que hemos adoptado para nuestro texto. El acto del homenaje se efectuó por la tarde, esto es, en el día 29 todavía y no en el 30, pues que el día civil de los Orientales empieza en la sexta hora de la tarde anterior.

hombres que les rodeaban, parecían ser un solo y mismo espíritu en dos personas, y en verdad puede suponer que ya durante el corto reinado de Saffah, era Schafar, ó El-Mansur (2), como se llamó despues cuando fué califa, el alma del nuevo poder. Era hombre de extraordinarias dotes como gobernante, tal vez superior en este concepto á Moawiya y á Abdemelik, pero descollaba sobre todo por sus sentimientos crueles y depravados, que le ponen al nivel de un Luis XI, teniendo asimismo de comun con éste la repugnante hipocresía con que procuraba encubrir bajo la apariencia de profunda religiosidad una no interrumpida série de asesinatos y perjuros. Ciertamente se puede dudar de que un bribon menos malvado y de menos talento hubiese sido capaz de poner algún orden en el caos en que se hallaban sumidos los territorios islamitas en el momento de ocupar el trono Saffah. Persas y árabes, siitas y jaridschitas, ortodoxos é infieles, partidarios de los omniadas, de los alidas y de los abasidas, todos andaban revueltos en el torbellino de la tormenta revolucionaria, y solo el terrorismo podia poner término á la guerra de todos contra todos que estalló á la caída de los omniadas entre los distintos adversarios, solo temporalmente unidos, de la última dinastía.

Naturalmente, á la toma de Kufa, la antigua residencia de Alí y enemiga natural de la Siria, debía seguir el solemne homenaje prestado al nuevo soberano, al iman y al vengador de la casa del Profeta, desapareciendo así, por fin,

(2) O sea Almanzor (el victorioso), como es costumbre pronunciar su nombre en el Occidente.

toda duda acerca de su hasta allí oculta persona para los muchos miles que se habían consagrado a la santa causa. Por más que nos sean desconocidos los pormenores de los pactos entre alidas y abasidas sobre la división de la soberanía, no es posible admitir de modo alguno que los primeros hubiesen renunciado a sus propios derechos y hecho levantar a sus partidarios en todo el Oriente sin compensación alguna y solo por puro cariño a sus queridos primos. Aun cuando fuese exacta la relación de los historiadores de la corte abasida, que así pretende explicarlo, solo resultaría la renuncia de las ramas menores, y particularmente de los descendientes de Mohammed Ibn El-Hanafiye, porque de las mayores, ó sea los verdaderos nietos del Profeta, hijos de Fátima, no se hace mención alguna en toda esta historia. Pero éstos eran precisamente los venerados por los persas como los legítimos imanes, y que no se unieron incondicionalmente con los abasidas se desprende de la rebelión aislada de Seid Ibn Alí, de que ya hicimos mención. Ciertamente que después de este fracaso debieron buscar apoyo en los abasidas, y así lo demuestra el curso de los sucesos. Sin previo y formal convenio entre ambas partes difícilmente se habrían prestado los *seiditas* persas, — así se llamó desde entonces, del nombre de aquel pretendiente, al partido legitimista puro de la rama mayor, — a obrar de acuerdo con Abu Muslim y sus gentes. No conocemos las condiciones del convenio, pero podemos suponer que el verdadero director de todo el movimiento, el abasida Ibrahim, al cual en todas partes se designa como «el Iman,» era reconocido como el jefe de la alianza de la familia del Profeta, si bien, según creo deber admitir, con la condición de que después de él había de pasar la soberanía a manos de un alida. Solo así se explica que Abu Sálama, que hasta allí había procedido de perfecto acuerdo con Abu Muslim, tan pronto como murió Ibrahim en su prisión de Harran empezara a trabajar por la transmisión del imanato a un alida. Pero los alidas, ó atemorizados todavía por lo sucedido a Seid, ó esperando ocasión más propicia cuando se hubiese despejado algo más la situación, dejaron sin contestar las cartas y los mensajes de Abu Sálama ó lo hicieron evasivamente; y entretanto Abul Abbas y Abu Schafar, que jamás pensaron en que la soberanía hubiese de salir otra vez de su casa, no quisieron satisfacerse ya con las excusas del demasiado celoso «Visir de la casa de Mahoma,» que este era el título honorífico de Abu Sálama. Sus partidarios sorprendieron a éste y le obligaron a prestar homenaje a Saffah, y así quedó asegurado por el pronto el de los demás.

Pero nada más se pudo conseguir. Abu Sálama no era hombre para perdonar el engaño; la indignación de los alidas postergados y los escrúpulos legitimistas de los *seiditas* hacían temer por este lado graves peligros para el futuro. Los *jaridschitas*, aunque ya divididos entonces en muchas sectas, estaban acordes en rechazar todo gobierno mundano; los *keisitas*, en la Mesopotamia y en la Siria septentrional, pasado ya el primer momento de consternación, empezaban a reponerse de la derrota sufrida a orillas del Sab y de la rápida campaña tan brillantemente llevada por Abdallah Ibn Alí hasta el Egipto, y por otro lado Yezid Ibn Omar Ibn Hobeira seguía todavía sosteniéndose en actitud amenazadora en Wasit, y apoyándose en Basora, ocupada aun a la sazón por Selm, hijo de Koteiba Ibn Muslim. No habría sido, pues, difícil a un enérgico omniada intentar un atrevido golpe que hiciera aun dudoso el éxito en los últimos momentos. La misma Persia, de donde había partido toda la agitación revolucionaria, ofrecía poca seguridad. Las provincias del centro, de ideas *seiditas*, estaban en manos de los lugartenientes de Abu Sálama, y en el Corasan, en la

frontera turca, reinaba grande excitación. No sin motivo había escrito en su tiempo el abasida Ibrahim a Abu Muslim que debía darse muerte en el Oriente a todo el que poseyera la lengua árabe, y aunque este fanático, víctima de las artes seductoras de los abasidas, no tomó al pie de la letra semejante consejo, y aunque seguramente hay gran exageración en la cifra de 600,000 víctimas que los posteriores le atribuyeron, la verdad es que se vertió a torrentes en la Persia la sangre de los adictos a la causa de los omniadas y se explica perfectamente la honda irritación que existía entre los árabes que guardaban la frontera en la Transoxania. Saffah puso manos a la obra: Abu Sálama, en pago de sus servicios, recibió la muerte a manos de los asesinos enviados por Abu Muslim, y sus lugartenientes en Fars fueron separados de sus cargos y mandados matar por Mohammed Ibn Asch'ath, oficial yemenita a las órdenes de este último (fines de 132 = 750); al propio tiempo los rebeldes *keisitas*, en la Siria del Norte y en la Mesopotamia, fueron en parte derrotados y en parte apaciguados por medio de promesas; Yezid Ibn Omar se dejó persuadir a entregarse voluntariamente para ser poco después asesinado, con menosprecio de solemnes promesas; y se ganó a Basora por medio de un convenio ajustado con Selm y que, caso raro, fué observado puntualmente. El exterminio de los omniadas fué llevado a cabo con la mayor atrocidad en el año 133 (fines de 750), bajo la dirección personal de los tíos de Saffah, Abdallah y Da'ud, hijos de Alí; algunos individuos de la anterior familia reinante, que habían logrado librarse de los asesinos, engañados con promesa de completa amnistía, fueron atraídos a un banquete y allí sufrieron la muerte setenta de ellos, y por supuesto que tampoco valió para proteger a los demás el derecho de asilo de la Meca.

La rebelión de la Transoxania fué reprimida por Abu Muslim (133 = 750-751), el cual continuó gobernando con bastante independencia todas las provincias orientales; pero precisamente por esto y por los muchos títulos que tenía a la gratitud de los abasidas, era cada día más molesto a los dos terribles hermanos. Durante el año 134 (751-752) no hubo más remedio que ocuparse en sofocar las sublevaciones de los *jaridschitas* en el Irak y en la Arabia; pero en 135 (752-753) podía ya intentarse algo contra el incómodo hacedor de reyes, «el hombre de confianza de la casa del Profeta,» como se le titulaba oficialmente, preparándole igual suerte que la que había sufrido poco tiempo antes el desgraciado «Visir» a manos de la reconocida familia. Sospéchase con bastante fundamento que los mismos abasidas provocaron la sublevación, ocurrida aquel mismo año, de Siyad Ibn Salih, sub-lugarteniente de Abu Muslim en la Transoxania; pero no fué tan fácil acabar con el poderoso caudillo del Oriente. Conservaba todavía en sus fuertes manos toda la organización que había creado; los propios oficiales de Siyad se volvieron contra éste y entregaron su cadáver al lugarteniente. Decidióse, pues, valerse de cualquier pretexto para hacer ir a Kufa a Abu Muslim. Llegó éste en efecto a Kufa, pero con tan fuerte comitiva y con tal número de tropas de reserva, que dejó en la frontera del Irak, que no se juzgó prudente emplear la fuerza contra él y se le otorgó el honor de acompañar al piadoso Abu Schafar en la peregrinación del año 136 (754). Mas antes que regresaran ambos de ella, murió Saffah en Ambar, junto al Eufrates, de una enfermedad maligna (probablemente las viruelas) el 13 de Zul-hiddscha de 136 (9 de junio de 754), teniendo poco más de 30 años de edad. Al morir tuvo cuidado de asegurar el califato a favor de su hermano: mandó que se le prestara homenaje en seguida, y, para que no se suscitase discusión alguna hasta su regreso, hizo también jurar fidelidad, como

segundo sucesor al trono, a su primo Isa Ibn Muza, a cuyas órdenes estaban las tropas del Irak. Así Ibn Muza debía tener este interés en excluir a otros pretendientes, y él mismo lo comprendió de este modo; sin obstáculo alguno pudo, pues, Abu Schafar encargarse del gobierno al regresar de su piadoso viaje, pero no debía gozarlo mucho tiempo en completa tranquilidad.

Según la tradición más aceptada, tenía Abu Schafar más edad que Saffah, a quien, por motivos desconocidos, había dado la precedencia; pero no era en manera alguna el mayor de los individuos de su familia que se podían creer con derecho a la suprema dignidad. Mas que los dos hermanos, habían expuesto sus personas en defensa de la causa de su tío Abdallah y Da'ud, hijos de Alí, en particular el primero, que mandaba en la batalla del Sab y que con su dirección y ejemplo hizo posible el proseguir la victoria rápida y decisivamente. Consideraba haber adquirido con ello derechos incuestionables al primer puesto en el imperio, y estaba decidido a hacerlos valer. Se encontraba todavía a la cabeza de un importante ejército, encargado de rectificar la línea de la frontera Noroeste, rebasada bastante por los bizantinos durante la guerra civil, y se negó entonces a prestar homenaje al sobrino. Era esto en sumo grado peligroso, pues que toda división, no estando aun consolidado el poder de la dinastía, debía suscitar nuevas rebeliones de los sirios y fomentar las esperanzas de los alidas. No quedaba, pues, más recurso que tender otra vez los brazos al «hacedor de reyes,» con la reserva mental, por supuesto, de castigar tanto más duramente en él los nuevos servicios que iba a prestar. Abu Muslim sabía cuánto tenía que precaverse contra sus protectores, pero se encontraba en una situación forzada. Había vendido su alma a los abasidas, y no podía ya retroceder. Por la ingrata dinastía había cargado su conciencia de crímenes que no tenían remisión, creyendo que así servía al Dios cruel del Islam, y no podía dejar perecer aquella dinastía sin perderse él mismo. Además, había otras razones de orden material que debieron de pesar en su decisión: si confesaba que se había engañado a sí mismo y había engañado al país con su propaganda a favor de determinadas personas de la casa del Profeta, perdía el Corasan, y con él toda su fuerza, y sería la befa precisamente de aquellos a quienes tenía que temer, ya como enemigos, ya como amigos. Abasida por abasida, prefería en todo caso a Abu Schafar; y que en esto tenía tal vez razón, lo demostró el tío del califa, cuando al recibir la noticia de que Abu Muslim se había declarado por este último mandó matar a todos los hombres del Corasan que tenía en su ejército, según se dice unos 17,000, porque sabía que no harían armas contra el caudillo de su país. Este hecho sanguinario fué ineficaz: el ejército de Abdallah, compuesto en su mayor parte de sirios, fué otra vez derrotado por los persas é irakeses cerca de Nisibis (6 de Schumada II de 137 (1) = 27 de noviembre de 754), quedando desvanecidas las esperanzas de los tíos del califa. Este no se atrevió todavía a proceder contra sus personas, y solo en el año 147 (764) pereció Abdallah Ibn Alí, el de mayor talento y el más peligroso de los dos, bajo los escombros de su casa, que se hundió minada sigilosamente por orden de su propio sobrino. Mayor prisa se dió el califa con Abu Muslim. Mientras peleaba éste por Abu Schafar fueron ganados en su ausencia algunos de los sub-

lugartenientes en las provincias orientales; y cuando el glorioso general, después de su victoria, se negó, por razones harto evidentes, a aceptar la amistosa invitación que otra vez le hacía su bondadoso soberano para que se trasladase a Kufa, tuvo aviso de la traición de que era víctima y supo que ya no podía contar con el Corasan. Dirigióse, pues, a la capital, confesando resueltamente a quien quería oírle la falta que había cometido tomando sobre su conciencia el sacrificio de miles y miles de hombres por semejante familia. Acaso esperaba todavía vender cara su vida a la cabeza de su numerosa guardia personal; pero fué traidoramente entregado en manos del califa, y después de haber expresado ambos en memorables palabras su recíproca antipatía, fué muerto en el vestíbulo el «hombre de confianza de la casa del Profeta» (24 de Scha'aban de 137 = 12 de febrero de 755).

Al fin quedaba ya libre el trono de todo peligro, y Abu Schafar podía llevar con razón el sobrenombre de *El-Mansur*, «el dotado (por Dios) de la victoria,» que se había atribuido cuando subió al trono. Siguiendo su ejemplo, todos los abasidas que le sucedieron adoptaban un nombre por el estilo tan pronto como recibían el homenaje de futuro sucesor. El abuso que algunos omniadas habían intentado introducir, valiéndose de semejante anticipado juramento de fidelidad para asegurar en el propio hijo la soberanía que de derecho correspondía al hermano inmediato, lo convirtieron en regla general los abasidas; y así como el consiguiente desprestigio de tal juramento (2), que entre los omniadas había obligado siempre, hasta 126, había de acarrear las peores consecuencias, del mismo modo las deslealtades cometidas por El-Mansur contra sus próximos parientes revelaban ya aquel egoísmo llevado al exceso y menospreciador de los comunes intereses de la dinastía, que muy pronto debía hacer todo cambio de monarca objeto de desatentadas intrigas palaciegas, de repugnantes planes de asesinato y hasta de guerra civil, y que en tan gran medida contribuyó a la rápida decadencia de una dinastía que al principio se había presentado con energía tan amenazadora.

Tal es la casa de los abasidas como sus hechos la presentan. Los historiadores de su corte, que acostumbran a descargar toda su santa indignación sobre los impíos y perversos omniadas, la llaman «la dinastía de la gracia de Dios.» En esto pueden variar las opiniones, pero lo que no se puede disputar son las extraordinarias dotes de gobierno del malvado Mansur; la organización del Estado, llevada a cabo por él, puso al Islam en condiciones de cumplir su misión de asimilar más eficazmente las nacionalidades árabe y persa que no había sido posible bajo el mando de los omniadas, proporcionando al propio tiempo a los mejores elementos de ambos pueblos los medios para sazonar, compenetrándose y apoyándose mutuamente, un florecimiento de la civilización que solo en contados puntos del mundo de la Edad media logró desarrollarse con mayor lozanía y, lo que es más, que no fué estéril en ricos frutos para la humanidad. Procuraremos exponer en sus rasgos principales este tan notable desenvolvimiento.

(2) Un relato que no parece sospechoso nos transmite las siguientes palabras significativas, pronunciadas por Harthama Ibn A'ayan cuando Hadi le exigió que jurase fidelidad a su hijo Schafar en lugar de Harun, al cual se la había jurado antes: «Mi mano derecha está ya empeñada con el homenaje prestado a tí mismo y la izquierda con el prestado a Harun, ¿de qué mano me serviré para volver a prestar homenaje?» Y como el califa le dijera que podía retirar el prestado a Harun, replicó el altivo oficial: «Si hoy puedo retirar mi juramento de fidelidad a Harun, mañana podré hacer lo mismo respecto de Schafar,» y persistió en su negativa, siendo el único que así lo hizo.

(1) Véase Ranke: *Historia Universal*, V, 2, pág. 72, nota 1. Según otra versión, esta guerra acaeció en el año 136 = 753, colocándose por lo mismo la disensión entre los tíos y los sobrinos en el reinado de Saffah, la que en este caso parecería originada por la designación de Abu Schafar como sucesor al trono, hecha en aquel mismo año.